

suplemento

de
BIANCO y NEGRO

n.º 14



muecas y risas

Ayuntamiento de Madrid



prólogo del Carnaval

Ahí va! Fíjate en esa.
 —¡Qué cara tiene!
 —Aquella es de chino.
 —¡Vaya bigotes!
 —A mí me gusta la de payaso.

Un enjambre de chicos pegados al escaparate de la tienda, suelta en voz alta el chorro de sus comentarios ingenuos. Les quema en los ojos la curiosidad. Como el sol traza culebrillas burlonas en el vidrio, los chicos aplastan las naricillas contra el cristal para que las miradas puedan bucear en el azul de los brillos engañosos. Y el interior del escaparate obscuro les va desvelando poco a poco sus secretos.

Allí hay, medio enterradas en el montón mullido del "confetti", caretas de todas las clases y tamaños. Una humanidad de miedo y de risa: la de las pistas de los circos, la de los que acuden a los "Concursos de feos" de las verbenas, la de las películas cómicas, parece haber ido dejando su impronta en los moldes de hacer caretas. Rostros de cartón rabiosamente rojos o espantosamente pálidos, torcidos en muecas imposibles, con los carrillos hinchados a punto de risa. Caricaturas de todas las razas ideadas por un etnólogo que se hubiera vuelto loco, falso bazar de la antropología.

En la vitrina de la ficción grotesca duermen los personajes que cobrarán animación en el escenario del Carnaval; los pierrots eternos y los eternos arlequines, las cabezas de gordos y de flacos, las de animales raros, las de anarquistas de cabelleras hirsutas y barbas azafranadas, las cajas de resonancia del "no me conoces".

Junto a ellas se alinea el arsenal de las armas incurrentes de la fiesta: las bombas cargadas de papeillos de colores y los cilindros de serpentinas.

Canta en la memoria de la chiquillería que contempla absorta el escaparate de la tienda el pregón que subraya con su sonsonete los desfiles carnavalescos:

—¡A diez el bote! ¡A diez el bote!

Quisiera apretar ya entre sus dedos las riendas frágiles de la carroza, las serpentinas que tirarán de balcón a balcón, el arco iris de sus colores, y serán el telón policromo ante el escenario de las tres jornadas—domingo, lunes y martes—de los tres actos, como si dijéramos acción, nudo y desenlace del Carnaval. El berbiquí de las serpentinas va a horadar el aire poblado de gritos, de risas y de músicas. Y los poetas y los filósofos encontrarán, como siempre, símbolos eternos en su enyugada parábola, en su viaje de ida sin vuelta que se deshace al trazar su propio camino.

Pero, entre tanto, los paquetes de serpentinas duermen—proyectiles bien cebados—en el escaparate de las tiendas. Un tirabuzón escapado de una de sus envolturas enhebra los ojos vacíos de los antifaces, barra los mofletes de celuloide y las hinchadas narices de cartón y pugna por fugarse a la calle, ansioso de libertad, trazando complicadas rúbricas y barrocos arabescos con la desesperación de un pájaro enjaulado.

Al oscurecer, la tienda de caretas y disfraces enciende a la puerta el farolito rojo que se desangra sobre la calle. A la luz de este farol se lee el cartel que reza—como en una clínica de urgencia para el aburrimiento—: "Abierta toda la noche". Y forman el cuadro, ahorcados en sus perchas, los trajes de máscara que se han dado cita con los enamorados de la broma y la aventura: los dominós, los capuchones, las calzas y las ropillas, los disfraces de bailarina, de amazona, de odalisca, de torero, de bandido, de "cow-boy" y de piel roja, una guardarropía sin límites en el espacio ni en el tiempo. Aquello es un regimiento de fantasmas fofos y decapitados, donde conviven, en tregua silenciosa, enemigos irreconciliables y toman cuerpo los más disparatados de los anacronismos: el





yelmo y la cota medioevales junto al casco y el "mono" del aviador de nuestro siglo. Toda la historia, en suma, con un inmenso letrero rendido en sus ropas, donde dice: "Se alquila".

Mucho antes de que el calendario señale la cifra encarnada del domingo inicial de la fiesta, las noches de la ciudad se alegran con el paso de las estudiantinas y comparsas.

A ellas se asocia frecuentemente el amor propio de todo un barrio. Los honrados menestrales, después de largos ensayos, se citan en la casa del organizador. Son momentos de emoción íngenua e inolvidable.

—¿Preparados?—pregunta una voz trémula.

—Sí—responde decidido el coro.

—Pues, adelante.

Y parten decididos a entrenarse en la pacífica conquista de la vía pública.

El desfile, ante todo. Hay que cuidarlo mucho—repite una y otra vez el director de la rondalla, ese hombre que maneja una batuta, como si efectivamente dirigiera algo, y anda hacia atrás, muy serio, marcando el paso, persuadido de su misión trascendental, mientras vigila la formación y fulmina con unas miradas terribles al que no sabe guardar las distancias.

Son los carnavaleros vestidos de paisano, la vanguardia de los Tres Días, su anticipo en edición clandestina y nocturna. Lo más importante de todo el conjunto, que recorre incansable la ciudad hasta la madrugada, es la bandera. Cuanto más alto sea el astil y más metros de percalina se empleen en el pabellón, más probabilidades existirán de obtener el codiciado premio.

Y un detalle curioso: los individuos de la comparsa suelen llevar en la mano algunos instrumentos, guitarras y bandurrias con preferencia. Personas de evidente buena fe aseguran que esos instrumentos suenan. Gentes candorosas y angelicales aventuran tímidamente la sospecha de que interpretan algo parecido a las notas de un pasacalle.

En la sobremesa del comedorcito burgués, mientras la mamá hace sonar el llavero del aparador y el papá oprime entre sus dedos el habano recién encendido, a fin de que la llamita haga igual y redonda la lumbre del cigarro, vuelve a ponerse sobre el tapete el tema que es ya una obsesión para toda la familia:

—Nada, lo dicho. Hay que disfrazar a la niña.

—Pero ¿de qué, Señor, de qué?

—A ver lo que se os ocurre.

—Pues muy bien pudiera ser de dama de la

Corte de Luis XV, porque he visto hace poco una película de la época y son "un cielo" los trajes.

—Pero eso es muy complicado. Y además queda poco tiempo.

—Mejor sería algo de actualidad, algo que esté de moda.

—De abisinia, por ejemplo.

—¡No, qué horror!

—De exploradora de la estratosfera.

—Es feísimo.

—Hay trajes regionales preciosos.

—Sí, pero conviene tener cuidado. No sea que lo tomen por una exhibición separatista. ¡Y eso, no!

La lumbre del cigarro puro de papá se enciende y apaga intermitentemente, casi al ritmo con que se balancea el péndulo del reloj del comedor. El habano "tira" perfectamente. Quizá por eso el jefe de familia ha tenido una idea luminosa:

—Como la niña es morenita—dice—, se me ocurre a mí: ¿por qué no la disfrazamos de gitana?

En cien sobremesas, de cien hogares distintos, cien papás han tenido la misma idea "original". El lunes de Carnaval, todos los periódicos, al hacer la reseña de la fiesta, podrán repetir la frase clásica: "Como en años anteriores, abundaron las niñas disfrazadas de gitanas".

Ya están las esquinas de la ciudad incendiadas con las tintas llamativas de los carteles que anuncian los bailes de máscaras. Crecen en los anchos patios los esqueletos de madera, que recubiertos de colorines fingirán las figuras gigantescas del "argumento" de las carrozas. El hombre serio se va a vestir por unas horas de "clown", el sujeto tranquilo y pacífico se piensa ataviar de feroz guerrero, el alegre y optimista se cubrirá con la lúgubre caperuza del Ku-Kus-Klán, el probo y honrado se disfrazará de apache y el sinvergüenza no encontrará modo de enmascararse, porque no existen disfraces de persona decente. Todos van a ser un poco lo que no son, lo que no quisieron ser, lo que tal vez podrían haber sido. Que esto es uno de los confusos y turbadores misterios del Carnaval.

ALFREDO MARQUERIE
(FOTOS C. PANIAGUA)



el

DISFRAZ TEATRAL DE MONJA:
CONCHA CATALÁ. (FOTO ZEGRI)



traje

y

EL DISFRAZ DE LA REVISTA: AM-
PARO TABERNER. (FOTO GALÁN)



Con zurear de palomas, aleteo de espesos tafetanes, cruji-
de sedas y taconear de chapines, Laura, Petra y Paquita, Ro-
saura, Antonia y Teobalda parlotean llenando el camarín de
risas coralinas.

Son actrices en flor, segundonas del arte que aún no lle-
garon a la gloria o que se resignaron, en discreto fracaso, a
llenar esos pálidos huecos de las figuras subalternas.

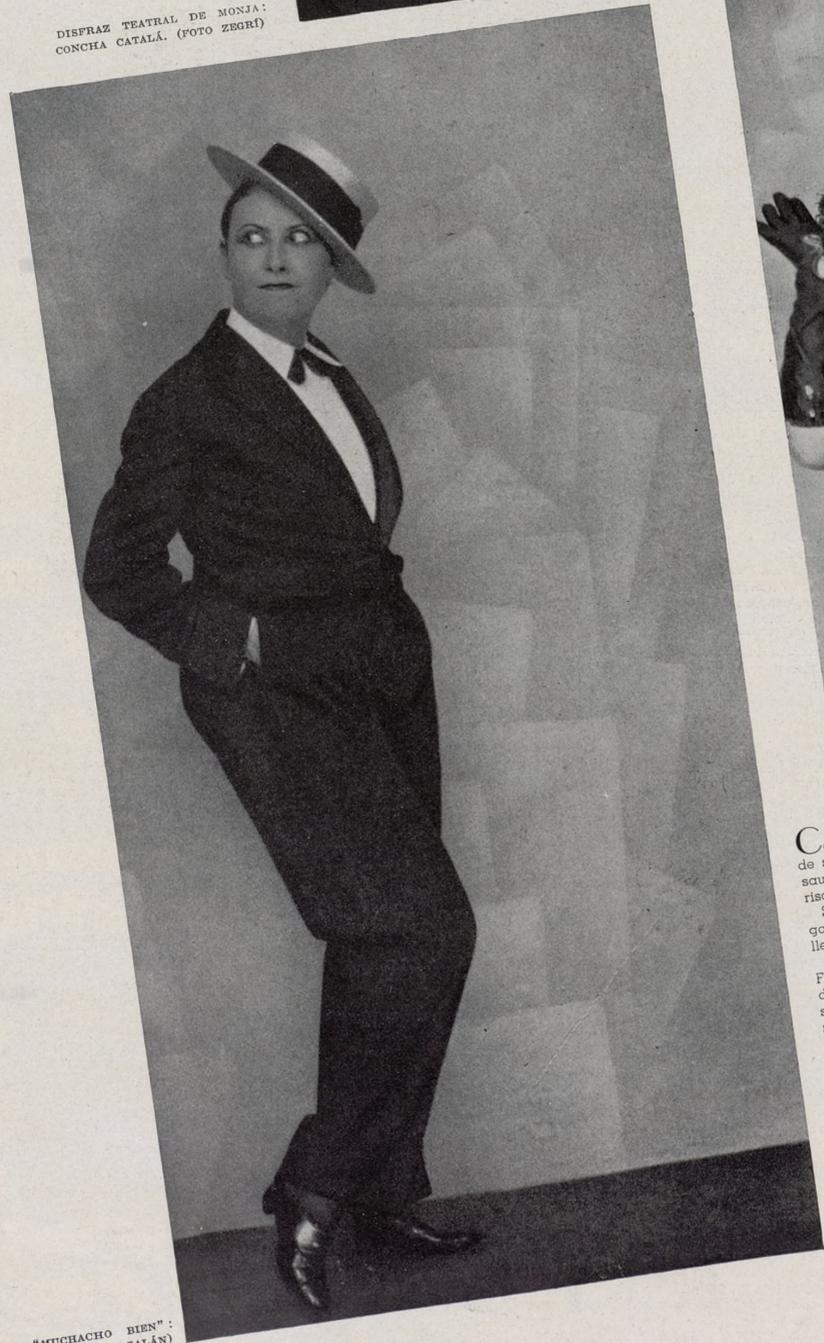
Harán la racionista o la criada. Sacarán una carta oportuna.
Formarán el cortejo de la dama o serán las confidentes de la
dramática heroína. Nada más, por ahora. La gloria aún no ha
sonado en su reloj. Pero el amor, en cambio, señala el punto
máximo en su esfera.

Pronto el Antrúejo agitará su tirso. Don Carnaval empuñará
su cetro de paja y cascabeles. Ha llegado el momento de ele-
gir disfraz, y agrupados en torno al figurín cosmopolita, que
hojean impacientes, va cada una señalando el suyo.

Laura, que es rubia y descocada, desvergonzada y picaresca
como un pilluelo parisién, como nació sin inocencia y jamás
como un pilluelo parisién, quiere vestir de colegiala. Colegiala de
ha pisado un colegio, quiere vestir de colegiala. Colegiala de
gran pensionado, por supuesto. De esos pensionados señoria-
les, con sus grandes torres de "château" medieval, donde el
cortejo de los cisnes albos zigzaguea sobre el azogue muer-

to de un estanque.
Como en "Muchachas de uniforme", vestirá falda lisa y
blusita mojitgata; rígido cuello almidonado, alta bota de caña,
pañuelos blancos y ese gran lazo de muñeca antigua recogien-
do el torrente de sus bucles. Para que su inocencia sea ma-
yor, irá al baile chupando un pirulí y llevará una comba con
la que salte alegre, luciendo así, al revuelo de la falda, que
la que salte alegre, luciendo así, al revuelo de la falda, que
no le bajará de la rodilla, la sonrosada carne de la pierna
sobre los calcetines escoceses. ¡Y ella se ríe! Se ríe de pen-
sarlo, porque sabe que nadie va a creer su artificiosa inge-
nuidad, pues conoce muy bien las perversiones de "Claudina".

DE "MUCHACHO BIEN":
LA YANKEE. (FOTO GALÁN)



el

OTRO DISFRAZ ESCENICO: EL GOLFILO DE
MADRID, POR LAURA PINILLOS. (FOTO GALÁN)



—Mas—¡ay!—, que la muy caprichosa quiere disfra-
zarse de pecadora. ¿De pecadora? Sí. De grande y
abominable cortesana. De Aspasia o Mesalina, de
favorita Luis XIV o de áurea dogresca veneciana. Y la
verés en el baile con su peluca Maintenon o con el
rico atuendo de los Médicis.
¿Pero no creeréis en su perversidad...? ¡Quién sabe!
¡Quién sabe! ¿Quién puede sacavar en la verdad freu-
diana?

Y la verdad freudiana de la gran Teobalda es un dis-
paratado misticismo. Ella, que tanto dió que hablar con
su conducta; ella que con su historia escandalosa y
su amorosa incontinencia ha sido la vergüenza de monjita,
suyos, se perece por representar papeles de monjita.
Y en llegando febrero, ya se sabe: ni elegir figurín
la es preciso. La actriz famosísima, que prestigia el
teatro con su nombre, la prestará sus tocos del Teno-
rio. ¡Le casen tan bien los hábitos monjiles a nuestra
incorregible pecadora!

Ella sabe muy bien cuál es su flaco. Conoce y abo-
rrrece sus pecados. Y en su ardiente deseo de una fu-
tura perfección que la redima, le gustaría ser Santa
Teresa o Doña Inés, las dos monjitas que eso: signo
que las ve salir en el teatro. Y quisiera ser eso: signo
de pureza, como Doña Inés, para salvar el alma de
Don Juan; madre priora, como la santa de Avila, para
fundar conventos y clausuras... O hermanita de San
Vicente de Paúl, curando heridas con sus manos blan-
cas... O regidora de un reformatorio de muchachas,
donde volverlas a la buena senda... ¡Todo eso, que
ella no será nunca y que, como imposible, la obsesio-
na! ¡Porque todas, al disfrazarse, es un anhelo impo-
sible el que realizan!

Así lo ha comprendido Antoñita—la práctica y pro-
sca Antonia, a quien todos llaman la hormiga por la
previsión de sus ahorros—, cuando ha elegido, en la
vistosa lámina del figurín, un espíritu y vaporoso
disfraz de damisela romántica.
En realidad, no es un traje; más bien un vago ensue-
ño de crinolinas incorpóreas. El amplio mifiaque se
abomba con la transparencia de una flor submarina,
y en el corpiño, descotado y dulce, se desgaña con
desmayo de lágrimas el ramo de camelias de Margari-
ta Gautier.

disfraz

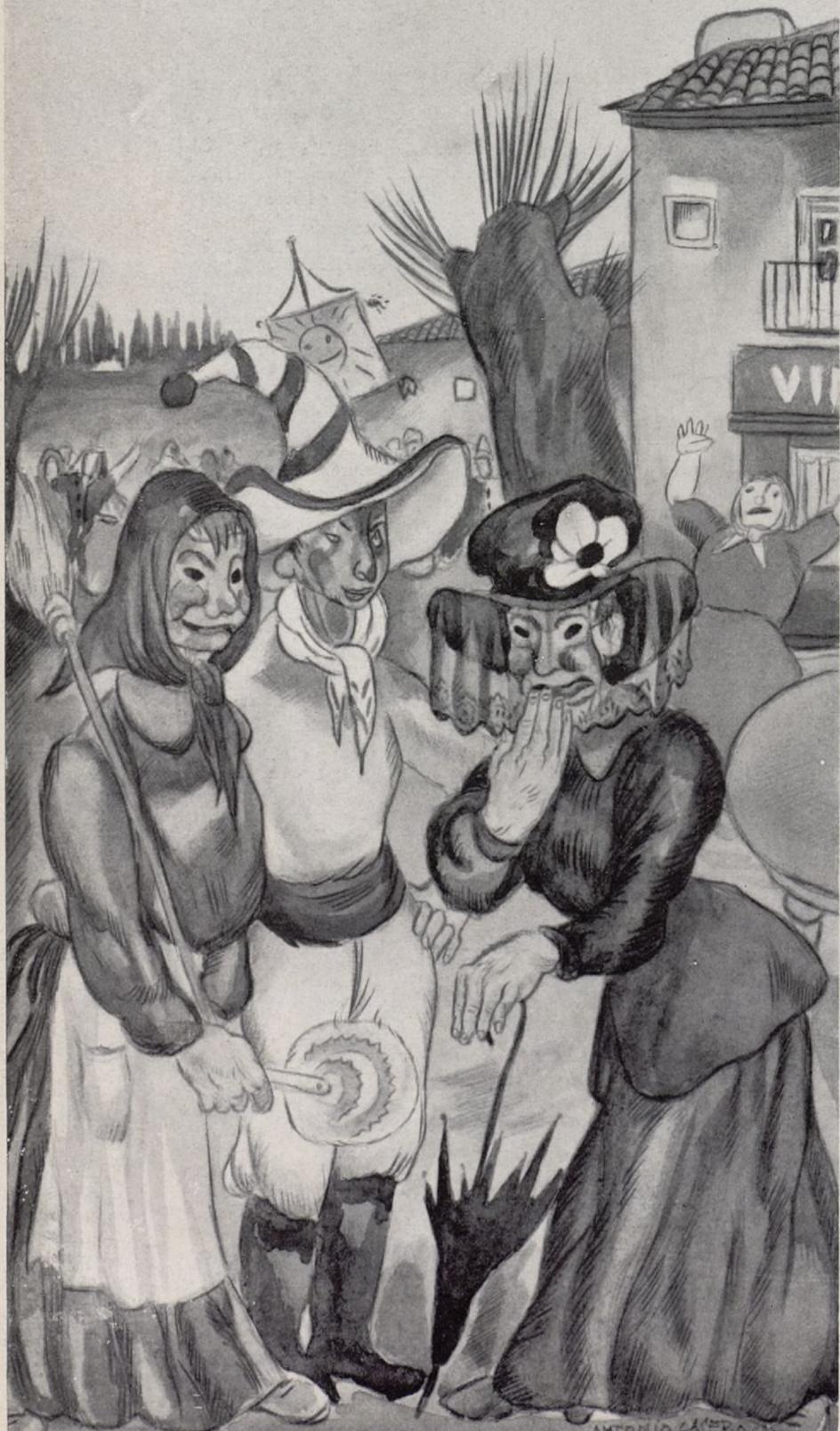
LA MAJA MADRILEÑA, POR CAR-
MEN DÍAZ. (FOTO A. CALVACHE)



Hechas a encarnar cada día una psicología diferen-
te, las actrices viven en pura metamorfosis. Pero ata-
das al personaje que representan, se sienten esclavi-
zadas por él, y así, no se disfrazan cada día: viven lo
que el autor dispuso que vivieran.
El disfraz es cosa muy distinta. Hay en él realización
de anhelos escondidos, desdoblamiento de subconscien-
cias. Tiene de liberación lo que tiene de sinceridad y
es el arma con que matamos la propia hipocresía.
Por eso, la actriz, al disfrazarse a su capricho, no es
corriente que elija determinados personajes de la far-
sa, sino en lo que tienen de generalización. Es decir,
que visten de "reina" o "aldeana", de "pecadora" o
de "santa", de "colegiala" o "damisela", pero de un
modo abstracto, para no someterse de nuevo a la ti-
ranía que supone el hacer de una reina famosa, de una
santa venerada o de una pecadora con historia y le-
yenda.
Pasarán muchos años... Laura, Petra, Paquita, Anto-
nia, Rosaura y Teobalda, en su largo historial de co-
mediantas, encarnarán muchos papeles y vestirán mu-
chos trajes; pero ninguno revelará su fondo ni dejará
huella alguna en su recuerdo. En cambio, su disfraz,
el único, el caprichoso y libérrimamente elegido, jamás
podrán olvidarlo.
Y a la hora de la verdad, cuando las sombras del
pioniente enciendan el crepúsculo final sobre sus sie-
nes plateadas, Laura, Petra y Paquita, Rosaura, Anto-
nia y Teobalda, mientras vayan rompiendo en menu-
dos pedazos sus pálidos retratos de comedia, conser-
varán—¡reliquia santal—el de aquellos disfraces ca-
prichosos, donde un día vieron, como en limpio espejo,
la íntima aspiración de cada una.

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

rostro y máscara (letrilla de viejo estilo) por manuel de góngora



¡Ay, Pero Grullo! las cosas
tienen un haz y un envés
y no son como los ves
ni los cardos ni las rosas.
Gusanos y mariposas
tienen, por ley natural,
bien y mal.

La verdad más lisa y llana,
un "pues dicen...", la trabuca.
El calvo gasta peluca
y hueca está la avellana.
Todo es disfraz y jonjana,
trampantojo y devantal...
¡Carnaval!

Antifaz de fino raso
o careta de cartón,
igual tapadera son,
a la postre, para el caso:
de "pepona" o de payaso,
de bandido o de fiscal...
¡Es igual!

Todo miente, y finge, y tapa,
con brillos de similor;
que siempre a un buen bebedor
lo emboza una mala capa.
Todo es ficción y zurrapa,
timbirimba y papasal...
¡Carnaval!

Que el que es zambo o paticojo
disimule su cojera
y disfrace su ceguera
el de la nube en un ojo;
que el que no llega a gorgojo
aspire a ser caporal...
¡no está mal!

Pero que el tonto se crea
que, porque el listo se calla,
con su necia faramalla
le va a ganar la pelea;
que el que de noble alardea
lleve dentro un criminal...
¡está mal!

Que disimular procure
su corcova el corcovado
y que un tacón bien alzado
una enanez transfigure;
que el que es tullido asegure
ser de los gamos rival...
¡no está mal!

Pero que un vulgar cuatrero,
so faz de recto y de justo,
nos desvalije a su gusto
del crédito y del dinero;
que pase por caballero
el pillo profesional...
¡está mal!

Que el que de trampas comido
a disimularlas prueba,
y aunque hasta el aliento debe
se las eche de esparcido,
acaso es contrasentido,
más humano y natural...
¡no está mal!

Pero que el tal avasalle
con su lujo a su acreedor
y lleve el ojo avizor
para esquivarlo en la calle,
o que, encima, se le engalle,
si le pide lo cabal...
¡está mal!

Que se enrubie la morena
o la rubia se enmorene,
que la que cien años tiene
finja estar en la veintena
o las venda de sirena,
aunque es harto insubstancial...
¡no está mal!

Pero que el torpe remedo
de una juventud fingida
piense que el alma, rendida,
cree en ella como en el Credo,
y que uno se chupa el dedo
cual cándido colegial...
¡está mal!

Que el pompático orador
nos deleite..., o se lo crea,
con la fofa melopea
de su verbo abrumador...
¡Lo que usted quiera, señor!
con dormir hasta el final...
¡no está mal!

Mas que su tópico huero
halaque hajas pasiones,
envenene corazones
y los lance al matadero;
que convierta en podrido
el ámbito nacional...
¡está mal!

Que el que trabaja pretenda
mejorar su situación,
ascender de "din" a "don"
y hacer más suave su rienda;
que sus derechos defienda
por el camino legal...
¡no está mal!

Pero que, malvado o ciego,
sin reparar en el modo,
quiera llevárselo todo
a toque de botafuego
y esgrima en cobarde juego
la pistola o el puñal...
¡está mal!

Que de cada año, tres días,
por diversión y burlata,
el cartón de una careta
encubra chapucerías;
que disfrace de alegrías
sus podres, el escorial...
¿qué ha de hacerse...? ¡No está mal!

Pero que quieras que no
y venga o no venga a cuento,
en la hora del fingimiento
se nos atranque el reló;
que sea—como afirmó
aquel suicida genial—
"todo el año, Carnaval"...
¡eso, amigos, está mal!

Como una supervivencia van ruando por los Carnavales de todos los años los protagonistas del idilio tragicómico: el viejo y la casaca a la fuerza. Es una visión moratiniana de "El sí de las niñas" con otro final, naturalmente; con el final de todas las comedias plácidas en que, después de caer definitivamente el telón, se celebra la boda. Cartón amoroso que denuncia un fracaso sentimental. El quiere echarlo a broma, y la lleva a divertirse con las máscaras y hasta se disfraza. (¡Qué horror si lo supieran en la oficina!) Pero ella porta en la mano, como un ¡ay! de ilusiones fallidas, la rosa de su corazón mustio. El final de la pareja grotesca—todos los años se renueva—es reuma y asma para él; y para ella, esa frase pensada y no dicha: ¡Si las cosas se pudieran hacer dos veces!

destrucción y damisela

la pareja grotesca





Mitología

Fue más allá de las encrucijadas de Subirja y de esa bifurcación de caminos que conducen, el primero, a las tierras que siempre están temblando, semejantes a témpanos sobre agua móvil; el segundo, a las tierras de las montañas sensibles que se desmoronan cuando interrumpe el absoluto silencio que las equilibra algún grito de roca golpeada por la luz; el tercero, a las tierras que se fingen lago, grandes lagos como mares, y aniquilan de sed a los seres, pues tocando el agua al tacto se convierten en cristal; el cuarto camino conduce a las tierras que atraen al sol todos los ocacos y le encierran entre sus desfiladeros angostos hasta que al Gran Mosalenkó le duele su único ojo y despierta y le arranca de entre los dientes de los desfiladeros y le lanza al cielo y vuelve a dormirse, con su ojo dorado y resplandeciente vigilando; y el camino quinto de las encrucijadas de Subirja es el que termina "Allá-donde-no-hay-nada", la que ningún hombre acierta a describir, porque quienes visitan esa tierra vuelven convertidos en niños y con la memoria extirpada. Fue más allá de las encrucijadas que señalan los cinco árboles de la gloria, en el centro de la cual está el poste de la cabeza de Orá; los cinco árboles, uno niebla negra, el que brota pájaros, el que escribe en su corteza los signos del lenguaje de las estrellas, el árbol que da la miel para cambiar de lugar de vida y poder volver con los antepasados o ir en busca de otras edades del porvenir; y el árbol por el cual se oye, aplicando el oído a su tronco, la canción inacabable de los remeros que, encerrados en el fondo del Todo, llevan con su esfuerzo la nave de la Tierra por el espacio.

Pues más allá de las encrucijadas de Subirja, que son el límite; quizá más allá todavía de los espacios de Ba-Kalong, y de Mosalenkó, y de Fanya-Fanyané; pasado el círculo de Ndeyandeyá, donde vive Kammapa, el animal que se alimenta de hombres; ahí estaba un día, aburrido, Ma-Tebelés, el adolescente que no envejecerá nunca y que caza las almas con su arco.

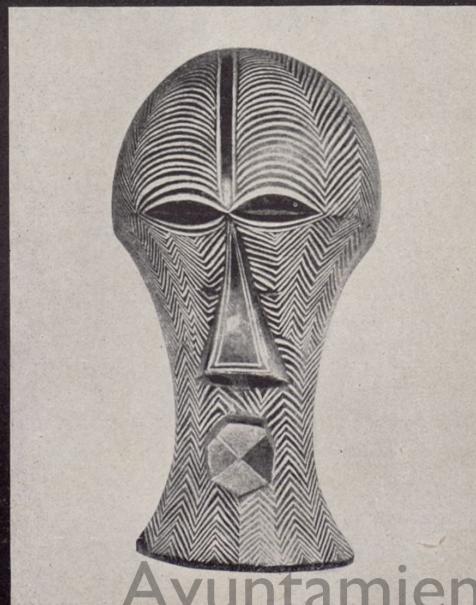
—¿Qué haría para divertirme?—le preguntaba Ma-Tebelés a su imaginación fresca y abundante como un manantial siempre brotando entre los bambúes. La fantasía de Ma-Tebelés le cuchicheó al oído una travesura. El joven y hermoso muchacho de esmeralda verde cuyo color toman como homenaje los vegetales—saltó en el aire azul y se zambulló en la luz de oro, entusiasmado. Nadó por el aire orozulado que no pesa, nadó, bella estatua centelleante tallada como en un solo bloque de malaquita, sosteniendo el arco entre los dientes, para caer, cuando era de noche, con un exacto salto de antílope, en las llanuras cultivadas donde los hombres trabajan y sufren, emman y ríen.

II

Porque Ma-Tebelés, el cazador de las almas, quería ejecutar lo que su imaginación le había sugerido: quería ver los sueños de los hombres. Contemplar lo que sólo ellos veían, lo que el que sueña contempla y nadie más. A los inmortales no les está permitido soñar, y por eso Ma-Tebelés anhelaba enterarse de lo que era un sueño, ponerse de espectador de los sueños, presenciarlos como los ve desarrollarse ante sí el que duerme, en la vigilia misteriosa de las soñaciones.

Encontró a los hombres Ma-Tebelés tumbados, silenciosos, inmóviles, como se ponían habitualmente para dormir. Los contempló unos instantes sin saber cómo lograría enterarse de lo que soñaban, ni por qué rendija asomar su curiosidad al mundo que ellos estaban viviendo por dentro. ¿Quizá el soñar estaba en sus ojos y habría que arrancárselos y mirar al través de esos ojos? ¿Se desarrollaba en la cabeza y, abriéndola en dos como un coco, aparecería el panorama de las visiones? ¿O era preciso herir el corazón con una larga espina de junco, y del corazón manaría el sueño con la sangre y podría empaparse las manos y tocarle? El muchacho de esmeralda quedó indeciso, apoyado en su arco de tendones del ala del viento, mirando a los que dormían como muertos en lo profundo del no ser, pero vivos al otro lado del dormir, vivos en el fragante soñar de colores.

Como los contemplaba fijamente, atisbando sus movimientos, con ansia de encontrar la idea que abriese la puerta del país de los sueños (así tantea el dios Tyaratyondyoron-



de la careta

doyondyo la muralla que rodea la venganza, sin poder salir de ella), le alumbró de repente a Ma-Tebelés una tufarada de fuego del Volcán Pensante, esa idea para robar lo que soñaban los hombres; la leyó en el rostro de ellos, que gesticulaban con muecas y visajes, respondiendo exteriormente a las íntimas impresiones. Algunos movían los labios en cánticos mudos que se oían en el otro lado donde su espíritu estaba; otros apretaban el ceño considerando quizá cosas de dificultad grave; reír, rechazar con labios batientes otro cuerpo invisible, saborear con lengua golosa algún néctar...; todos los dormidos reflejaban en su rostro el movimiento de sus conciencias y sentidos en el misterioso ámbito del soñar.

Ma-Tebelés tomó barro fino y cera de panales silvestres y cocó moldes de los rostros con las expresiones de cada ensueño interior. Obtuvo una serie de fisonomías en que estaban petrificados goce, pensar, asombro. Secos los moldes, Ma-Tebelés, el adolescente de esmeralda, se aplicó uno a su propio semblante, superponiéndole la imagen plástica de un ensueño.

La esencia del ensueño produjo la magia y Ma-Tebelés sintió infiltrársele en su frialdad de esmeralda como un vino ardiente. Las caretas le infundían furoros nunca sentidos y desfallecimientos mortales. Todas las fue ensayando: la careta de Odio y la de Fiereza, la de Dulzura y la de Alegría; las que tenían rasgos y facciones de Soberbia, Llanto, Meditación, Extravagancia, Burla e Ironía, Amor, Llanto; las caretas que bestializaban y convertían en obtusos y hartos de satisfacción física, y las que espiritualizaban por idealizarlo todo; las reveladoras del sueño que pretendía incorporar al hombre a las bajezas de los animales y las caretas estilizadas en que se componían con serenidad los trazos de los contempladores del Misterio. Ma-Tebelés, el niño de piedra preciosa, brillante y verde, puesta la careta del Deseo, donde estaba plasmada una fuerza poderosa de creación, se embriagó de danzas y se sintió poseído de irrefrenable locura. Trastornado, sintiendo un aguijón de celo salvaje, tuvo que arrancarse el rostro postizo para desalojar de su cuerpo, que no había conocido más que la calma, el bárbaro suplicio de la insaciedad. Y lo mismo al probar todas las caretas del molde de los sueños; hizo tantas cosas extrañas, que le parecía no ser él, en realidad, sino estar cambiándose en muchos, como en la metempsicosis del Gran Río de la Vida que se bebía la Gran Serpiente de la Muerte. El joven inmortal Ma-Tebelés fingióse, a su pesar, niño lloriqueante, mujer remilgada, guerrero cargado de plumero, bobo, león, relator de cuentos, dominador, mendigo, andrajoso, cazador con trampa, plañidero, pájaro... Las caretas le daban todas las personalidades, le sugerían extraños caprichos, perversos o lánguidos, le ponían en trance de fingirse torcido y de mezclar anhelos con fracasos para concebir ideas monstruosas.

Después de saborear el sabor de todos los sueños, de cantar, de gritar y bailar, de ir vehementemente de un lado para otro sin objeto, de desesperarse, de hacer imitaciones de lo bronco de la Naturaleza y de mancharse y fatigar su cuerpo de esmeralda, después de agotado el licor alucinante y el peso amargo de los sueños, arrojó alrededor de sí las mascaradas que transfundían los tormentos de los hombres. Y tuvo piedad de ellos, que no conocen la ventura de la imposibilidad, como los inmortales. Viéndoles inertes, respondiendo con sus facciones agitadas a la visión de las sugerencias de su soñar, les comparó al que sufre, en el centro de una hoguera, la abrasada desgarradura de millares de lenguas de llama, con dolor insufrible. Despiertos o dormidos, siempre envueltos en llamaradas: anhelos, delicias, penitencias, desengaños, súbitos júbilos, caídas en el pesar, afanes, terrores, delirios...

Ma-Tebelés despidióse con una mirada de lástima de los hombres soñadores y de las caretas (que tienen desde entonces la forma de sus sueños), tiradas, como los hombres, entre polvo de la tierra. Con una flexión del pie subió inefable por el espacio de azul y oro, nadando con movimientos de gracia, el arco de tendones de viento atado a la cintura. Antes de desaparecer en las lejanías invisibles, Ma-Tebelés formó una careta de niebla y está suspendida en el cielo, luna, careta-espejo del sueño de felicidad que él vió en los hombres; blanca y lejana, imposible y querida.

TOMÁS BORRAS

LAS MASCARAS ETERNAS



Desde los primeros tiempos viven estas máscaras mezcladas a nuestro vivir, reflejándonos y siendo ellas reflejo de nosotros. Máscaras que resisten todos los cambios de clima, todas las transformaciones, el paso de los siglos y la variación de gustos y modas. Están hechas de una calidad indestructible, la más dura de todas: la gracia del espíritu; es decir, están hechas de arte. Cambian de traje únicamente, no de alma. (Porque los hombres somos siempre idénticos.) Y se las ve con la carátula griega, o con el antifaz italiano, o con la caracterización moderna, dejar la túnica por el miriñaque y el justillo por el "jersey", pero perfecta y constantemente fieles a lo que expresan con su poesía.

Comedia del Arte llamaron a esta tropa y farándula los italianos. "El mundo comedia es" han sentenciado los clásicos españoles. La comedia de las máscaras responde a la de la vida y van mezcladas, en juego de espejos, riéndose la comedia de la vida y los vivos del sarcasmo de la comedia.

He aquí a Peppe-Nappa, idéntico a Giglio, el que Wateau pintara, y a Pierrot, al que los versificadores han sepultado en escombros de rípios: ágil, bailarín, saltarín, móvil de fisonomía, excesivamente expresivo, goloso y glotón. He aquí a Fritellino, rival de Arlequín, con su sable de madera y su escarcela siempre vacía, bufón como Polichinela y Gian-Farina. Y al capitán Spezzafer, con su traje de "soudars", cuando Luis XIII de Francia, que le pide a Arlequín en la comedia el gobierno de una fortaleza, y le contesta Arlequín: "¿Como vas a guardarla, si no sabes guardar a tu mujer?" Ved a Tartaglia, el tartamudo, siempre colérico, siempre gordo y cobarde, con las gafas, que son la última esquematización de la careta. Notario, esbirro, juez o boticario, ignaro y ridículo, los actores que representaban en Nápoles a Tartaglia iban todos los días a la cárcel, porque el personaje era el encargado de proferir las más bárbaras necesidades para levantar las carcajadas más bárbaras. Y ved a Arlequina y a Coralina; aquélla rival de Betta, Francisquina y Marieta, un poco misteriosa, mucho más coqueta, frívola y aventurera; ésta, Coralina, en la carne viva de Ana Veronese, que adoptó y popularizó ese seudónimo con tal éxito, que hasta dió origen a un repertorio. Arlequina y Coralina, jóvenes, lindas, ¿qué pueden representar en la farsa sino el enredo y el amor? Todo el argumento gira alrededor de sus pupilas, y los demás personajes hacen y deshacen los hechos de la comedia según los gustos y el humor, los desvíos o las sonrisas de las más frágiles y líricas de todas las máscaras.

No pueden faltar en el panorama de Carnestolendas. Son el Carnaval perpetuo del escenario y de la pantalla. Máscaras, imágenes, sombras de los anhelos y de los fracasos, de las pasiones y de las ilusiones de los mortales. De los mortales que disfrazan sus instintos como máscaras; que se dejan vez sólo en imágenes y pasan por la vida como fugaces sombras.

LUNES DE CARNAVAL 1936

(El lee un periódico de la tarde y ella "tricota". A sus pies, alfombras de nudo. Los muebles son señoriales—él llama a los muebles bicléuticos, "muebles del 14 de abril"—y las paredes han sido condecoradas con un retrato de familia firmado Vicente López, y con dos viejos grabados: "Frégate anglaise en panne" y "Frégate française pavoisée et saluant". En la bola de la lámpara holandesa se refleja en miniatura el gran ventanal, disfrazado de ventanal sobre el mar.)

EL.—Resulta que hoy es lunes de Carnaval. Lo dice el periódico. Ya no se pueden leer periódicos. No publican más que bobadas.

ELLA.—¿Tú no te acordabas de que hoy es lunes de Carnaval?

EL.—En este momento, no.

ELLA.—Me extraña, porque ayer me dijiste que esta noche tendrías una reunión de negocios.

EL.—¿Te dije yo esa tontería?

ELLA.—Exactamente. Si quieres, cenaremos un poco temprano. ¿A qué hora tienes la reunión?

EL.—Tarde.

ELLA.—Quiero que seas puntual.

EL.—La puntualidad es la cortesía de los reyes exclusivamente.

ELLA.—Y un poco también la de las demás personas correctas. ¿No te parece? (La pausa que de vez en cuando les va bien a los diálogos, se produce en este momento).

EL.—¿Tú que vas a hacer esta noche?

ELLA.—Había pensado salir.

EL.—¿Salir?

ELLA.—Iré a casa de Enriqueta.

EL.—¿Bridge?

ELLA.—Algo que se le parece un poco.

EL.—¿Quieres que hagamos una cosa?

ELLA.—Lo que tú digas.

EL.—Yo dejo la reunión de negocios y tú dejas la casa de Enriqueta y lo que se parece al "bridge".

ELLA.—De ninguna manera. Los negocios son los negocios. Eso es lo primero. Tú vas a donde tienes que ir y yo aprovecho un poco la noche para ver a Enriqueta. Ha estado malucha estos días. Nos citamos si quieres, a la hora en que tú calcules que ha de terminar. A las cuatro o cinco de la madrugada, por ejemplo.

EL.—¿En dónde?

ELLA.—Aquí.

EL.—Bien, pues a las cinco... (Una segunda pausa en el diálogo.) Tú sospechas que yo voy a un baile de máscaras...

ELLA.—Estoy segura. Y tú crees que yo pienso ir, luego, a ese mismo baile, con un gran dominó de raso, hermético, con guantes negros y con los zapatos de una amiga.

EL.—También estoy seguro. Tienes el propósito de darme una broma, para que yo te lleve a un palco, te convide a "champagne" y luego resulte que eres tú.

ELLA.—¿Cómo lo has adivinado?

EL.—Estaba viendo, por tu falta de alegría, que pensabas en algo que te disgustaba. Pero como es tu obligación...

ELLA.—A ti tampoco te alegra mucho engañarme.

EL.—También es mi obligación. No olvides que somos conservadores y que debemos conservar las buenas costumbres, entre otras cosas. Sobre todo, cuando son tan encantadoramente inocentes como éstas de Carnaval. Los niños saben ya demasiado pronto que los Reyes Magos no son de verdad. El mundo camina con una indiscutible estupidez, hacia la esterilización de ilusiones.

ELLA.—Entonces, ¿no hay más remedio?





EL.—Seamos fuertes. Yo había vacilado durante algunos momentos. Tú lo has visto. Me gustaría quedarme a tu lado porque todo esto resulta confortable y porque tú eres confortable también. Además, nadie me parece más interesante que tú y no hay aventura que pueda compararse a la de descubrirte en mi corazón todos los días.

ELLA.—No sigas, por favor. Tienes razón: seamos fuertes.

EL.—Habrá hoy, en Madrid, muchos matrimonios egoístas que no se sacrifiquen. Y así no puede ser. Queremos que todo nos lo hagan los demás...

ELLA.—Es cierto.

EL.—La aventura de Carnaval muere porque nadie cumple con su deber. Luego queremos que haya grandes cuentistas y grandes dibujantes en el país. ¡No es posible! (Es la tercera y última pausa del diálogo).

ELLA.—¿Entonces?

EL.—Entonces yo iré a mi reunión de negocios. Tú irás al "bridge" de Enriqueta. A las doce de la noche me sorprenderás en la Zarzuela.

ELLA.—Hay un inconveniente. ¿Cómo vas a salir de frac sin que yo te vea?

EL.—Ya nadie va de frac a estos bailes.

ELLA.—Pero un marido que ha de cortejar a su mujer en un baile de máscaras y que va a ofrecerla "champagne"... no está bien sin etiqueta.

EL.—Es verdad. Puedo vestirme en el club. Sin embargo, tú eres comprensiva y buena y me perdonarás este trámite. Me vestiré aquí y te juro que por mí no lo sabrá nadie.

ELLA.—Yo también te juro discreción. (El mozo de comedor anuncia que la cena está servida.)

EL.—La gran vida social está llena de molestias. ¡Todo esto me da una pereza!

ELLA.—Mañana sentiremos la satisfacción del deber cumplido.

EL.—Tienes razón. Bueno, pero no vayas a la Zarzuela más tarde de las doce. Mejor sería que fueses a las once y media.

ELLA.—Bueno.

EL.—Y a la primera copa de champagne me dices quién eres.

ELLA.—¿No será un poco pronto?

EL.—Sí, pero qué más dá...

ELLA.—Bien.

EL.—A ver si para las doce y media hemos terminado. ¡Qué fastidio de Carnaval! (Pasan al comedor).

EL (misteriosamente al criado).—¡Cautela! Dile a Pedro que prepare el frac en su habitación. Iré a vestirme allí...

ELLA.—¿Decías?

EL.—Nada... que no sé dónde he dejado la pitillera de esmalte. ¿La has visto?

ELLA.—No, pero las corbatas blancas están en un cajón de tu cómoda; en el de arriba.

J. MIQUELARENA



c a r n a v a l i n a

Por ROSARIO DE VELASCO

Ayuntamiento de Madrid

1884

GRABADO DE "LA
ILUSTRACIÓN ESPA-
ÑOLA Y AMERICANA"
DEL CARNAVAL DE
1884. (FOTO V. MURO)



un Carnaval madrileño famoso

Madrid de 1884. Cánovas todopoderoso, presidente del Consejo y del Ateneo, domina en el Parlamento, en las Academias y en los salones. Impera Castelar en la tribuna, y del extranjero llegan ecos de los triunfos alcanzados en París por Julián Gayarre y por Rafael Calvo en América.

Tras las pasadas turbulencias renace en el país la bonanza, reflejada con tintes de rosada aurora en la capital. Esta embellece sus edificios y sus paseos. El Municipio inaugura los monumentos de Isabel la Católica y de Colón. Substituye la Cárcel Modelo al "Saladero"; Ferrant y Domínguez decoran techos y capillas en San Francisco el Grande; Chueca es popular; Luna Novicio, Muñoz Degraín y Moreno Carbonero obtienen primeras medallas... Es, en fin, la época de los vistosos desfiles de carruajes en el Retiro y en la Castellana, de las brillantes noches del Real, y en la que el Hipódromo, en días de carreras, ofrece un trasunto de Epsom o de Chantilly; en una palabra: el Madrid de la distinción, en el que, sin rencores, empleaban la cordialidad y el buen tono.

Nunca tuvieron relieve los Carnavales madrileños. Por excepción, aquel de 1884 adquirió singular resonancia. No porque se alterase el ritmo lánguido de la ramplona mascarada del Prado, ni porque los bailes de la Zarzuela y otros de menor cuantía recobrasen brillantez inusitada, pues solamente el de Escritores y Artistas merece los honores del recuerdo.

La conmemoración de la bulliciosa fiesta revistió magno esplendor en dos aristocráticas moradas: en el palacio de Medinaceli, enclavado en el lugar que ahora ocupa el Palacio, y en el de Fernán-Núñez, de la calle de Santa Isabel; en lo que fué casa de campo de Antonio Pérez.

De los preparativos de ambas fiestas se habló con anticipo de muchas semanas. Su realización constituyó portentoso acontecimiento que narraron "Almaviva" (actual marqués de Valdeiglesias), Gutiérrez Abascal, "Fernánflor" y Fernández Bremón.

Consistió la celebrada en la mansión de la duquesa Angela en unos maravillosos cuadros vivos representativos del Carnaval goyesco de 1804 y del propio de 1884; interpretados por alicuriados actores; según los bocetos de Horacio Lengo, asistiendo la familia real. Las representaciones, que fueron vespertinas y de carácter íntimo, efectuáronse los días 23 y 25 de febrero.

En la misma noche del 25 se celebró el baile de trajes de los duques de Fernán-Núñez, fan-

tástico prodigio de riqueza, de ostentación, de luz y de colores. Los amplios salones, cuajados de flores, de armaduras, de porcelanas, de lienzos de los mejores maestros de todas las escuelas, encerraban en marco apropiado a la selecta concurrencia allí congregada.

La duquesa, vestida de dama de la época de Luis XIV, adornada con valiosísimas joyas, recibía a los invitados en el primer salón, acompañada de su esposo, que lucía galas del tiempo de Felipe II. Por él desfilaron los más esclarecidos miembros de la grandeza; todos los nombres contenidos en la antigua "Guía Oficial", compitiendo damas y galanes en la riqueza de sus atavíos y aquéllas, especialmente, en la profusión de alhajas, en lo variado de los trajes y en el primor de los peinados, que daban realce a su gentil belleza.

Descollaba un pelotón de soldados pertenecientes al "Regimiento de lanzas fijo de Sicilia". Eran los socios del "Veloz", ataviados con blanca casaca galoneada de plata, con vueltas, chupa y medias rojas, calzón blanco, peluca de cola y sombrero de tres picos. Junto al capitán aparecían el abanderado, un pífanos y un tambor. Al llegar la familia real, la compañía rindió los honores de ordenanza.

Don Alfonso XII llevaba uniforme de capitán general; doña Cristina lucía un magnífico vestido de dama del siglo XVIII; doña Paz de Borbón vestía de dama de la época de Watteau; sus hermanas doña Isabel y doña Eulalia, de "Coralina" y "Colombina", respectivamente, y el príncipe de Baviera, de caballero contemporáneo de Carlos V.

Resultaría prolijo describir centenares de disfraces, todos caprichosos y lujosísimos. Descolló una comparsa de jóvenes aristócratas, de ambos sexos, que representaban la "Commedia dell'Arte", con su clásica y típica indumentaria. Bailaron el cotillón de honor los Reyes, los miembros de su familia, los dueños de la casa y otras personas del más rancio abolengo, distribuyéndose preciadísimos regalos entre los que en él tomaron parte.

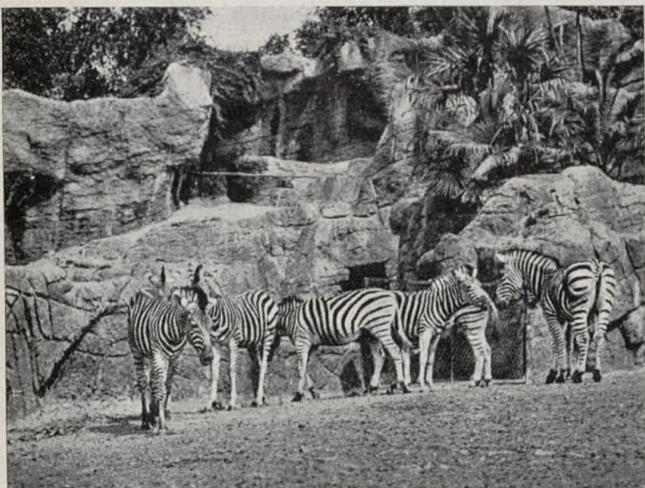
En la "serre", convertida en jardín oriental de opulenta vegetación, sirviéronse los más delicados dulces y refrescos, y una espléndida cena en el suntuoso comedor de gala. Muy de madrugada ya empezaron a desfilar los invitados.

Algunos venerables ancianos que a ella asistieron recuerdan todavía la memorable fiesta, representativa de una época que conocimos niños.

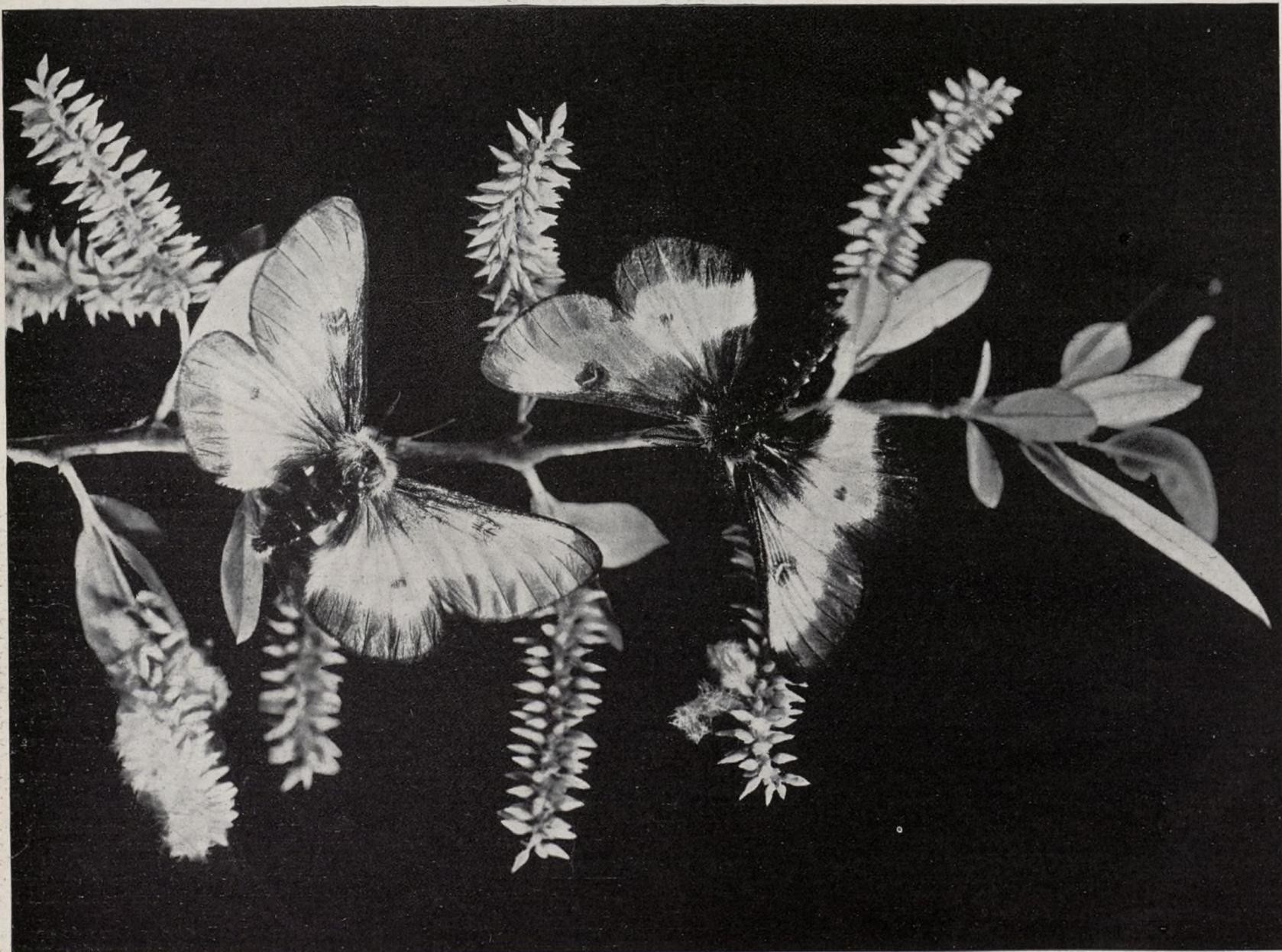
A. RAMÍREZ TOME

1884

CEBRAS, QUE COPIAN EN SU RAYADO, PARA OCULTARSE, LAS LÍNEAS DE SOMBRA Y LUZ QUE PROYECTA EL RAMAJE EN EL SUELO.



MARIPOSAS QUE SE MIMETIZAN CON LAS FLORES.



LA MÁSCARA MODERNA. GRUPO CON CARRERAS CONTRA LOS GASES EN EL CARNAVAL DE LA CIVILIZACIÓN.

toda la vida es C ARNAVAL

Ya el título de la crónica que intentamos componer nos expone a un grave y ridículo pecado de cursilería. Y de cursilería filosófica, que es la peor de las cursilerías. Porque al escribir que toda la vida es Carnaval entendemos decir que todo es disfraz, que todos los humanos son máscaras; que aquí reina el disimulo y la ficción; que nada es como es, sino como aparenta, o al revés, que lo que importa es aparentar y que el vestido no es en el fondo una exigencia del pudor ni una necesidad para protegerse de la intemperie, sino afán de ostentación, codicia de dignidad, deseo de elegancia y, a veces, recurso defensivo y esperanza de adquirir un carácter nuevo por las sugerencias y la influencia que nos puede dar el indumento. Así empezamos a citar desde el famoso "Sartor Resartus" de Carlyle, hasta la comedia modernísima "Nostra Dea", del italiano Bontempelli, para volver del revés el adagio popular, según el cual "el hábito no hace al monje" y demostrar que ocurre todo lo contrario; como es la verdad. Claro está que la verdad de una mentira que se hace más verdadera que la Naturaleza. Porque es lo cierto que en la calificación, por ejemplo, de los delitos de agresión contra un sacerdote o un militar, se tiene en cuenta si estaba aquél revestido y el guerrero uniformado, de donde se sigue la importancia moral del traje, y no es menos cierto que vestidos de frac y tocados con una chistera reluciente, no seríamos capaces de armar el mismo escándalo y la misma bulla que nos atreveríamos a hacer llevando nuestra americana de diario, y que la mariposa que se atavía para un sarao tiende in-

mediatamente a adquirir modales de gran señora, y que en una discusión o disputa intempestiva en que uno de los contendientes esté vestido y el otro desnudo, éste se siente desamparado y en absoluta inferioridad. Bien dijo Benavente en "Los intereses creados", en un consejo del pícaro Crispín, que "el vestido es lo que antes parece", y así todos nos vestimos de algo para parecer lo que no somos o lo que debemos y queremos ser, y el Pontífice se pone su mitra, el Rey su corona, y el presidente su banda, y el sacerdote su traje talar, y el juez y el abogado su toga, y el general sus charreteras, para adquirir la dignidad y el respeto que les presta el vestido. ¿Advierte el lector cómo, aun presintiendo la caída, no hemos podido evitarla, y nos metemos de bruces en la charca de la filosofía barata. Pero salgamos a caminos más llanos para advertir sin presunciones sabihondas, observando sencillamente la vida, que toda la vida es Carnaval, y que no sólo la imaginación de los antiguos la disfrazaba, desde la "Metamorfosis", de Ovidio, y las transformaciones de "El asno", de Apuleyo, sino que hasta la propia Naturaleza disfraza a los animales. Cualquier tratado de Zoología pudiera ayudarnos en la empresa; pero no hemos querido recurrir a ninguno en la composición de este artículo que escribimos de memoria, burla burlando, porque lo queremos de pura fantasía, frívolo, intrascendente y modesto.

Los animales se disfrazan, nacen ya disfrazados por fuera, para defenderse, engañando, en la lucha por la vida. ¿De cuántos moluscos sabemos que suelen



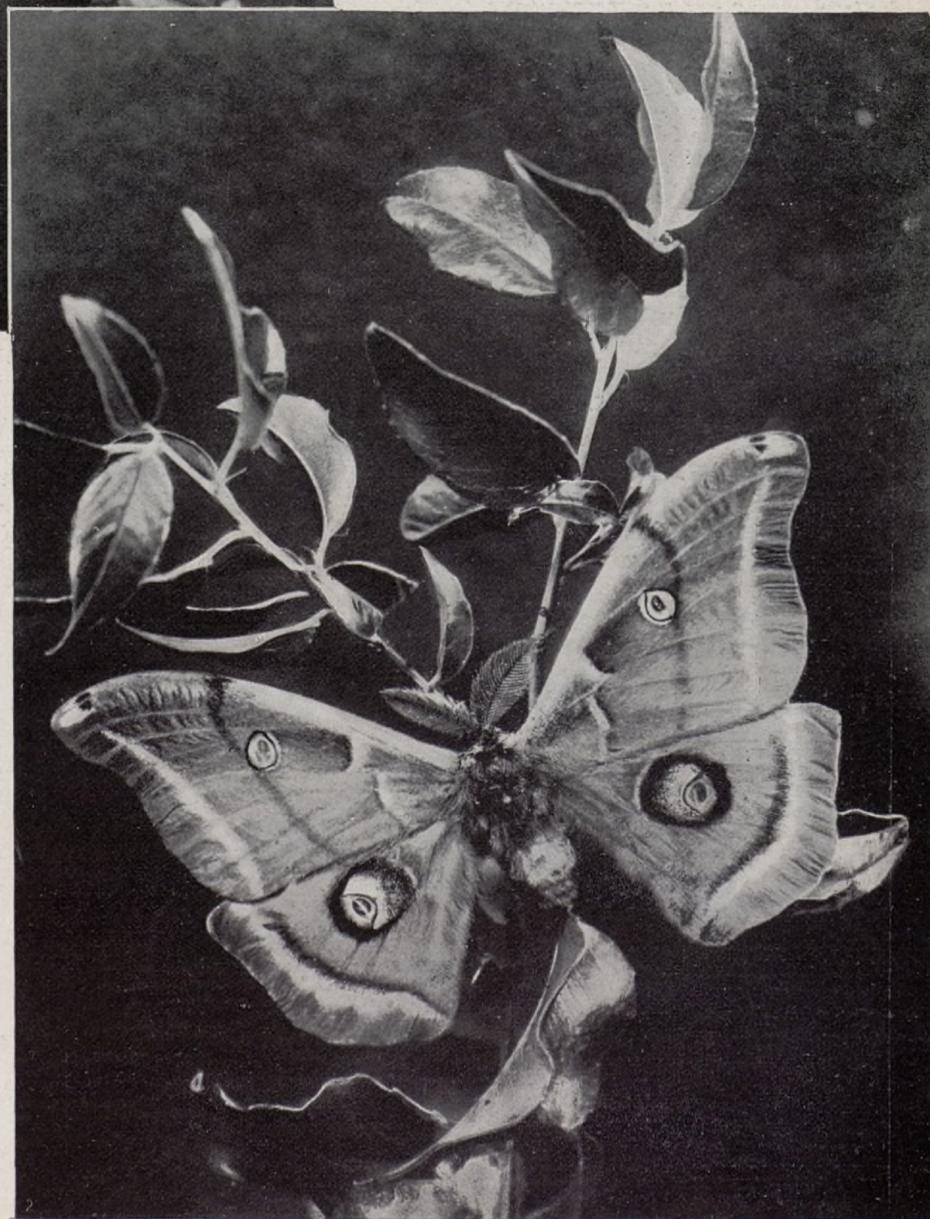
interior; lo que el disfraz constante que atañe a lo físico y aun al carácter. Porque la mujer y el hombre se hacen un tipo, y una cabeza, y un tocado, y un aire, que es lo que les sirve para "aparecer" en el mundo, y es aparecer pareciendo lo que no se es y aparentando lo que no se tiene, y tan disfraz es el colorette, que por no estar en la máscara que no se lleva, está en el rostro transformado por afeites y potingues, para fingir terzuras que no son de la propia piel y carmines que no son de la propia sangre, y tan falsa es la barba que compramos al peluquero de teatro para pegárnosla al rostro en un día de Carnestolendas, como la de nuestro propio pelo, que nos dejamos crecer para ir por la vida—¡Carnaval de nuestro disimulo!—, trocada en apariencia de santidad, de severidad y de sabiduría, nuestra hipócrita vaciedad de pícaros, sin virtud y sin entendimiento. Así, para acomodar sobre nuestro yo esencial el yo extensivo que nos dan las circunstancias, nuestra posición, nuestras relaciones sociales y nuestra necesidad de vivir la vida que nos inventamos, disfraces son del carácter, del humor y del alma, los elogios con que se tapa la envidia; la justicia que invoca la crueldad para justificarse; el entrecejo que frunce el de mansa condición; las insolencias del jaque temeroso, que bravuconea por cobardía; el regocijo por el ajeno bien, y la pena del ajeno dolor, que no están en el ánimo, sino en las palabras buscadas para ocultar el pensamiento, y hasta la postiza sonrisa de postizos dientes, con que el hipócrita se pinta de miel blanca la amarga y negra boca desdentada. A veces ni siquiera ante la muerte se decide el disfrazado a quitarse el disfraz, que muchas veces en la pretendida consecuencia de morir como se había vivido, porque se vivió en la mentira, también en la mentira se muere, y hasta en la apostasía o la rebeldía de la última hora, según quien nos asista o ayude a bien o mal morir, por conservar hasta el postrer momento la postura y el disfraz, no es como en realidad se es, sino como se quiera ser después de muerto en la memoria de los que no nos olviden. Y así toda la vida, y a veces hasta la muerte, es Carnaval, y así también, al acabar estas líneas, caemos en la cuenta que no nos fué posible huir de una cursi y trasnochada filosofía, que no ha logrado disfrazarnos de sabios. ¡Ah, pero así es, y hasta los pingüinos, graciosos pingüinos, que tuvieron una isla que les dió Anatole France, donde solían andar con pasos de hombre, van vestidos de frac y disfrazados de señoritos!

FELIPE SASSONE

fingirse plantas de la flora marina? ¿Cuántos hay que extienden sus tentáculos para adherirse a una roca y parecer estrellas de mar? En la vida de la tierra, desde el camaleón policromo, que cambia a capricho de coloración, y el coleóptero, que se disfraza de muerto, hasta el gusano verde, hasta la cotorra, y el loro, y el papagayo, que adquieren el tono de la hoja y de la rama que los alberga, y se disfrazan de planta y de flor. La marmota se muestra insensibilizada por un sueño mentiroso; el erizo se finge bellota y se hace bola, y la tortuga, para convertirse en cosa inanimada y esconder patas y cabeza, lleva sobre el lomo su caparazón de concha, que es su careta de Carnaval. La tierra parda presta la ficción de su tono a la piel de lagarto huidizo y a la pelambre de la asustadiza liebre; las jibas del camello pretenden pasar por pequeñas lomas del desierto; los cuernos de los ciervos, por ramas del bosque, y en la piel del leopardo, que se tiende a sestar bajo la sombra "soleada" o "el sol sombreado" de un árbol, unas manchas circulares como medallas fingen los juegos de la luz que se filtra sólo a trechos por entre el encaje de la fronda. Así, para confundirse y esconderse, el tigre y la cebra llevan en la piel sus listas negras, que han de parecer sombras de bambúes, de cañadas y carrizos sobre la tierra amarilla, y los ojos de los felinos, en la noche, se disfrazan de errantes gusanos de luz, y, entre el bosque frondoso y entre las altas malezas indesbrozadas, la trompa del elefante ondula sola, como una sierpe engañosa, para esconder la realidad pesada de su mole.

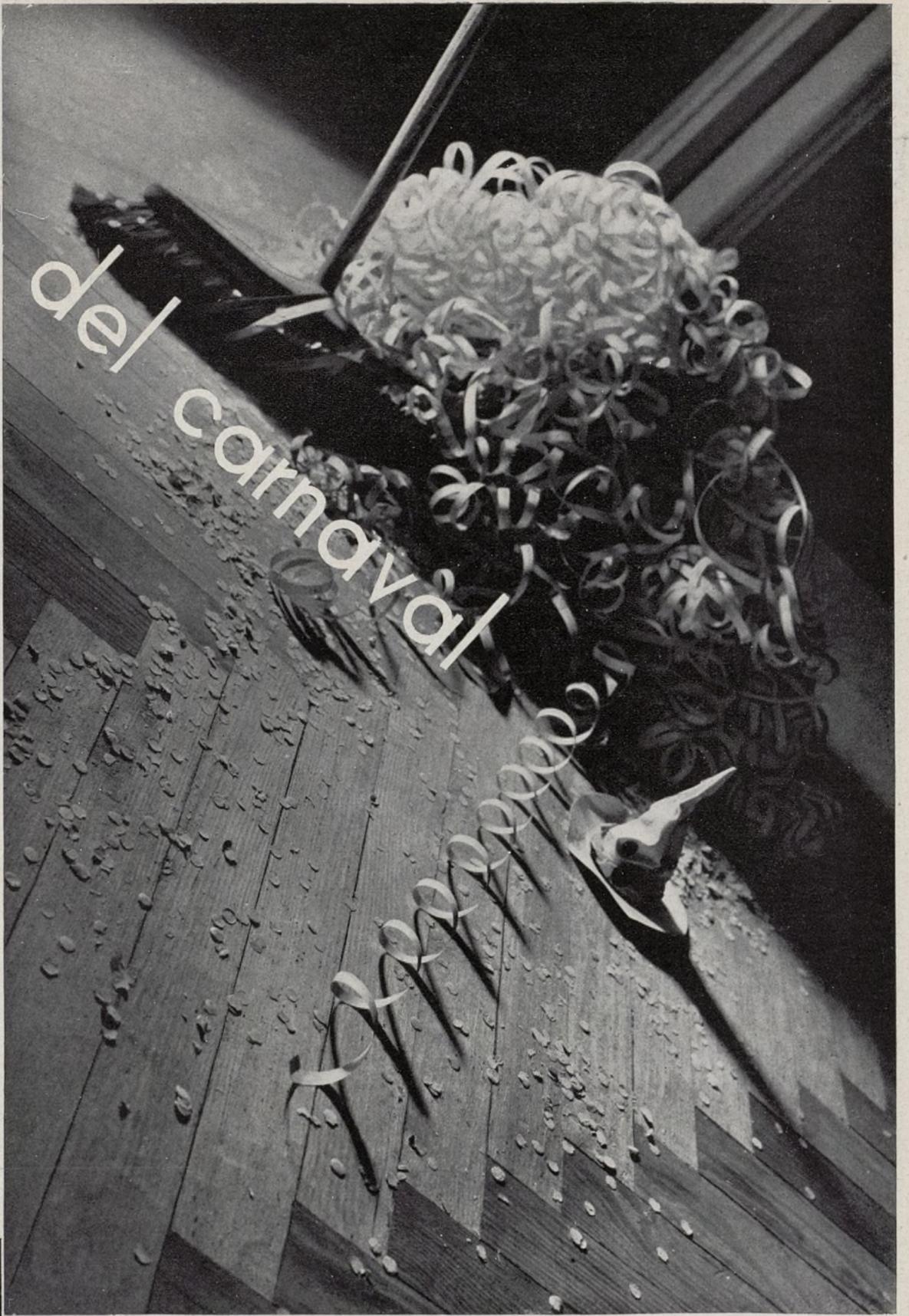
El hombre también disfraza las cosas para defenderse, para atacar y para prevenirse, e inventó la trinchera y la zanja, y cubre de ramas un foso para atraer al peligro al enemigo, y pinta de blanco los árboles de una carretera—¡los árboles en calzoncillos!—para fingir una balastrada que sirva de indicador a los automovilistas, y da a los cascos de las naves guerreras, acorazados y cruceros, un tono gris azul, de bruma y de lejanía, para que se confundan con el cielo y con el mar. Pero ¿a qué seguir? Son innúmeras las ficciones y los disfraces que inventa el disimulo, y hasta el cielo se disfraza de azul, que ya dijo el poeta que "ese cielo azul que todos vemos, ni es cielo ni es azul".

Los hombres, aparte los comediantes de profesión, sólo se disfrazan, aparentemente, por Carnaval, que es cuando algunos se visten de mujeres y muchas de ellas adoptan un indumento masculino. Ahorrémonos toda reflexión y no averigüemos los porqués; pero digamos de una vez que ese disfraz de unos días y de una vez al año, disfraz visible y confesado, no vale, para decir que toda la vida es Carnaval, lo que el disfraz oculto e



MARIPOSA POSADA EN UN TALLO. MEDIO DE ENMASCARARSE CONTRA SUS ENEMIGOS.

epílogo



del carnaval



Hay que recordar a los humanos que son un poco de polvo organizado por el sopro divino y que, antes o después, serán ceniza y, finalmente, nada, como dice con terrible concisión el epitafio puesto en la tumba del cardenal Portocarrero, para que no se entreguen al placer inmoderadamente, porque su abuso pervierte y degrada el alma. Es lo que hace la Iglesia católica, transcurridos los tres días de Carnaval, que la juventud, y a veces la madurez, malgasta en locuras. Algunos moralistas, desengañados de la hipocresía ambiente, sin la cual la vida social sería difícil y peligrosa, aseguran que todo el año es Carnaval. No participamos de esa opinión. Si todo el año disfrazamos nuestros sentimientos, no es por deliberada intención de fingir, sino por la misma precaución defensiva que justifica el que ciertos insectos aparenten ser parte de la vegetación que los oculta a la voracidad del enemigo. ¿Qué se ganaría con el desate general de la sinceridad? ¿Quién es capaz de prever las consecuencias de la franqueza sin límites? Cuando Talleyrand afirmó que la palabra le ha sido concedida al hombre para disimular sus pensamientos, no es enteramente veraz, pero tampoco se aleja mucho de lo cierto. No es Carnaval todo el año, aunque lo haya dicho Larra en un arrebato de misantropía. Fingir no es enmascararse, ni disimular supone una violación de la moral. No podemos llevar el escrúpulo de la verdad hasta sus límites últimos más que renunciando previamente al trato con nuestros semejantes. El santo, o el que se siente con vocación de tal, puede ser estrictamente sincero, porque no teme a las consecuencias de su espontaneidad espiritual; pero el que para cumplir sus funciones de ciudadano necesita codearse con los demás hombres se pondría en condiciones de inferioridad y no evitaría un conflicto en cada hora del día si emitiera verdades con la indiferencia con que emite sus trinos el ave canora. No se debe mentir; concedido; pero las relaciones humanas serían imposibles si el hombre y la mujer no velasen sus ideas algunas veces y no diesen a sus contrariedades y sufrimientos recónditos el aspecto de la serenidad, que es, en ciertas circunstancias una noble simulación destinada a impedir que nuestras penas se reflejen en el ánimo del vecino. Inferir de esa honesta cautela que debemos interpretar como un homenaje al prójimo que todo el año sea Carnaval es sacar las cosas de quicio.

No; el Carnaval auténtico e inconfundible, el que la Iglesia vigila y somete a la disciplina del Miércoles de Ceniza, con la misma precaución que obliga al ingeniero a represar la corriente del río para que las aguas no se desborden, es una fiesta de sentido pagano, profundamente grata a la juventud y que ésta espera con impaciencia para dar a sus expansiones, con la impunidad de

“Compuesta
y sin novio”

por

Marcial Moreno Pascual



Reproducción
por el
Prof. Eug. Norman



Ayuntamiento de Madrid

la careta y el dominó, el frenesí que hubo de reprimir durante mucho tiempo. Es la orgía y la promiscuidad sexual sin continencia, el olvido del pudor y la inmersión en el barullo, que encuentra su cómplice en la música. Eso era el Carnaval en mis años mozos, y como la humanidad no renueva sus gustos sino muy lentamente, supongo que la fiesta conserva la misma arritmia turbulenta y confusa, que, si se manifestase a la claridad del día, parecería algo intermedio entre el manicomio y el aquelarre. Y el dique de ese desenfreno en el que han caído los hombres y las mujeres de todas las épocas es el miércoles de Ceniza.

Poéticamente, y con su dulzura habitual, la Iglesia nos llama al orden para evitar precisamente que perseveremos en la suposición de que todo el año es Carnaval. Al trazar el signo de la cruz en nuestra frente con un poco de polvo, lo que nos quiere decir el sacerdote es que la vida no es en sí un fin, sino un medio, o, expresado de otro modo, un puente que une las dos eternidades, el antes y el después, que constituyen el reino de Dios. Es, además, una severa invocación de los derechos del alma, que se resiste a que la arrastremos, por el placer del instante, en el muladar de nuestros más bajos instintos. Es la voz de "¡Alto ahí!", que nos previene de un peligro que puede ser mortal para nosotros, porque en él comprometeríamos la dignidad espiritual. Lo que Dios nos pide, al través de las palabras que pronuncia el sacerdote al ponernos la ceniza en la frente, es que abandonemos el orgullo y la ilusión de creernos los señores del universo, según la contrita exclamación de Johannés Joer-

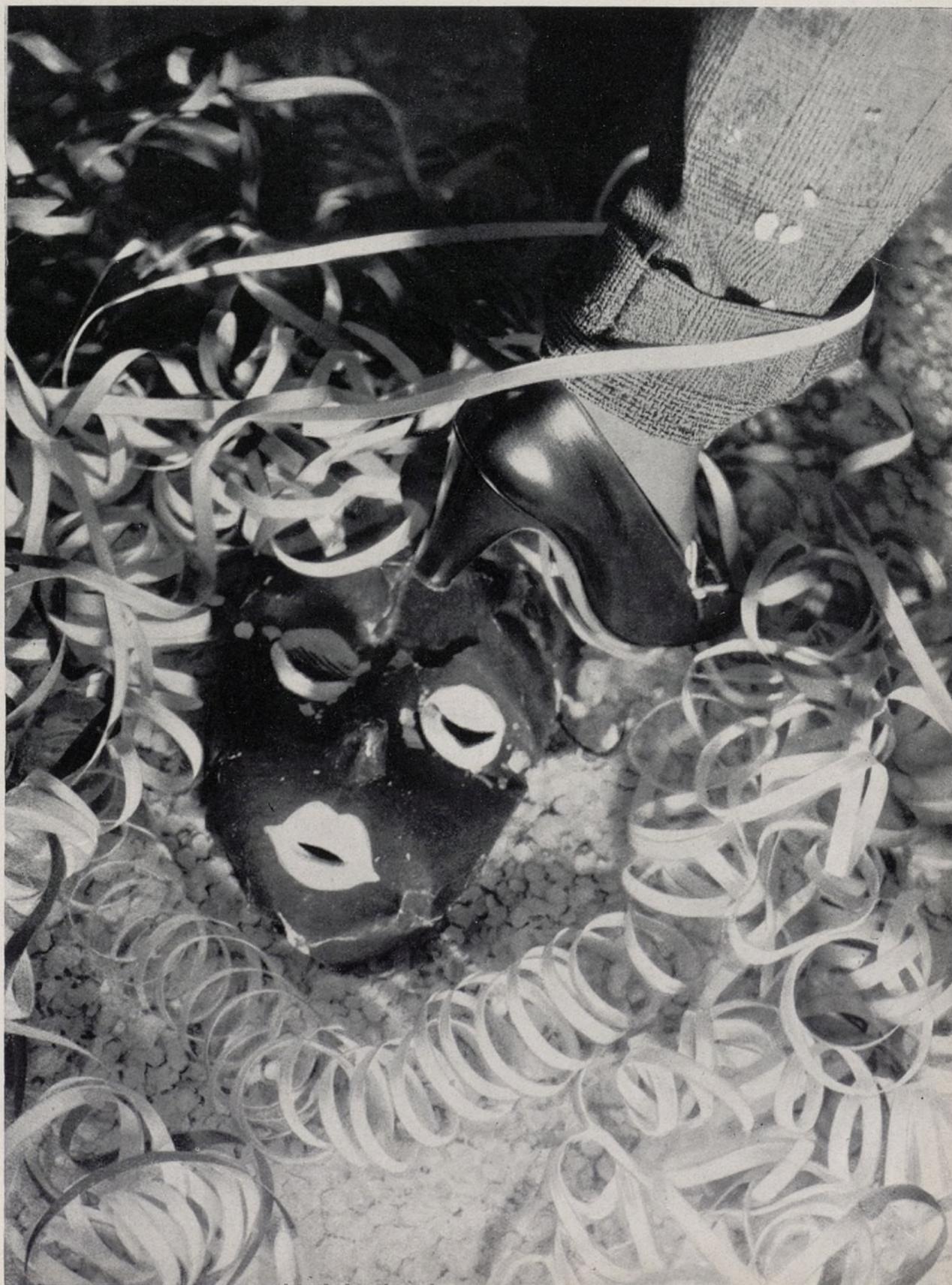
cierto es eso, que la contumacia moceril se atreve a prorrogar la fiesta más allá del miércoles de Ceniza con que prudentemente la limita la Iglesia. Si esa prórroga estuviese justificada por la renovación del programa, tal vez fuese no perdonable, sino admisible, como pecado leve que la conciencia soporta sin una muy honda humillación. Pero todo se reduce a una repetición, menos entusiasta, de lo que ya se hizo; disfraces, no siempre de una gran originalidad; música, alcoholes diversos y baile, y zarabanda en un ambiente en que lo sentimental está muy por debajo de lo erótico. La locura ha vuelto a sonar sus cascabeles, pero ya con una estridencia que hace daño a los oídos. No importa; la juventud mide el placer por la intensidad de sus energías para provocarlo y resistirlo. ¿Qué podría moderar ese ímpetu? ¿La admonición sacerdotal del miércoles de Ceniza? ¿Una página del Kempis? La Iglesia, que, como institución cristiana, es toda misericordia, no fía mucho en el recogimiento espiritual del hombre que está en la primavera de la existencia. Lo vigila y le amonesta, sin prometerse mucho de su contrición y sobre todo de sus garantías de enmienda. El árbol tierno es siempre sensible a los caprichos del viento, pero como la Iglesia tiene, entre sus virtudes, la de saber esperar, aguarda a que el árbol arraigue, a que se cubra de hojas y a que soporte los temporales de las estaciones duras que disminuyen su vigor. Entonces es cuando la acción de lo divino opera con eficacia...

(FOTOS C. PANIAGUA)

MANUEL BUENO



quenzzen, el ilustre literato danés, convertido al catolicismo durante una larga permanencia en Asís y monje franciscano actualmente. Este pobre cuerpo, semillero de egoísmos vivaces, que decoramos con los oropeles de la vanidad, es un poco de materia que no aguarda, para corromperse, su separación del espíritu, sino que ha empezado ya sus pútridas fermentaciones, causas del desgaste visceral que destruye insidiosamente nuestra salud. ¿Quién se recoge el miércoles de Ceniza a meditar sobre esas tristes realidades, que, como ya he dicho, no se nos anuncian para mañana, puesto que ya nos dominan hoy? ¿Sería posible un Carnaval ilimitado que fuese, como la fiesta pagana, una bacanal prolongada? ¿Lo podríamos sufrir sin que nuestra naturaleza protestase? Ya está bien con que el orgiástico desorden dure tres días, durante los cuales se olvida el hombre de sí mismo y pierde la mujer una parte del recato que tan bien la sienta y tanto avalora su amor. La juventud no se desilusiona al volver de un experimento sensual que la madurez rehuye discretamente, porque carece de interés para el que ha vivido con cierta intensidad. No sólo no se desilusiona, sino que el Carnaval siguiente la encuentra propicia a regustar aquellas emociones que reporta del placer. Tan



Ayuntamiento de Madrid

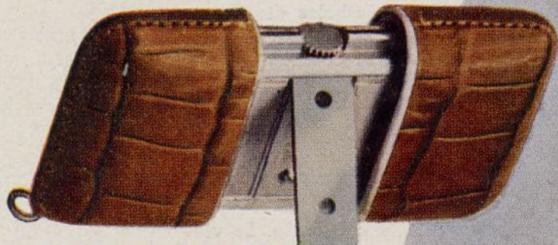
155 PRIMEROS PREMIOS

MOVADO

220 RECOMPENSAS HONORIFICAS

MARCA GLORIOSA DE PRESTIGIO UNIVERSAL

UN DETALLE PRACTICO DEL RELOJ ERMETO



CABALLETE PLEGABLE

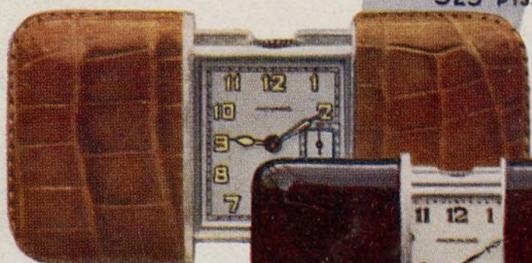
BOLSOS ERMETO



AUTOMATICOS

PIELES
COCODRILO
LAGARTO
RUSIA
AVESTRUZ
MARROQUIN
etc.

TRIO ERMETO



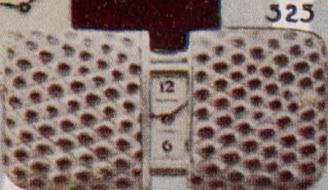
325 Pts.

MASTER



395 Pts.

NORMAL AUTOMATICO



325 Pts.

TIPO BABY AUTOMATICO



VALENTINO

DIVERSIDAD DE PIELES
Pts 175



TIPO STANDARD

245 Pts.



TIPO PULLMAN

OCHO DIAS

CUERDA

475 Pts.

CON DESPERTADOR

525 Pts.

Pts. 495

PRECIO DEL RELOJ

EL BOLSO COMO OBSEQUIO



AUTOMATICO

MOVADO

Union relojera suiza

MADRID
AV. P. Y MARGALL 7 - Telef. 16949